

# CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

*Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.*

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

**SUMARIO.** Instruccion: Estudios históricos, por don A. P.—El Sueño de Clori (poesia), por don L. M. Bremon.—Estaba de Dios, por Zabara.—La Despedida, por don J. A. Viedma.—Revista de Madrid, por Lázaro.—Explicacion del figurin.

## INSTRUCCION.

### ESTUDIOS HISTÓRICOS.

#### RAHAB.

JOSUÉ.—PASO DEL JORDAN.—JERICÓ.—VICTORIAS DE JOSUÉ.—SU MUERTE.—EL PUEBLO ISRAEL.

Muerto Moisés, continuó Josué su grande obra de introducir al pueblo de Israel en la tierra prometida y establecerle en ella.

Jericó era la llave de la Palestina, y para asegurar su conquista, envia Josué de exploradores á dos de sus mas valientes oficiales, que entran en Jericó y se guarecen en la casa de Rahab. Al saberlo el rey, la envia un recado para que los entregara ó delatase, porque eran espías; pero sea que aquella mujer estuviese ganada por sus huéspedes, ó que dejándose llevar de los nobles impulsos de su corazon, de ese sentimiento de ternura tan natural en la mujer, no quisiera entregar á los que en ella confiaron, los ocultó, y respondió á los enviados del rey:

—Es verdad que los he recibido, pero no sabia de dónde venian, y se han marchado á la hora en que se cierran las puertas de la ciudad: ignoro adonde han ido; mas proseguí el camino investigando, y los encontrareis.

Rahab sacó en seguida del escondite á sus huéspedes, y les manifestó el temor que en toda la poblacion habia infundido la aproximacion de los hebreos, y que si, como esperaba, se hacian dueños de Jericó,

les pedia que en obsequio á su hospitalidad, no la hicieran daño, ni á sus parientes, al entrar en la ciudad. Así lo juraron los israelitas, y para no equivocar la casa, convinieron en que se distinguiera la ventana por un lazo encarnado.

Para salvar Rahab á sus huéspedes, les descolgó por otra, y les previno el camino que habian de llevar, encargándoles se ocultasen por tres dias en las montañas próximas, para no caer en manos de los emisarios que enviaba el rey en su busca.

Lograron así salvarse; llegaron al campamento; informaron de todo á Josué, y bendijeron á Rahab, que les libertó, y abrió al pueblo israel las puertas de la Palestina.

Podrán atribuir algunos la accion de Rahab á una infidelidad á su patria, á una traicion á sus conciudadanos; pero si aquella mujer se lamentaba de los vicios de aquel pueblo, si conocia, como todos, el tan evidente favor que Dios dispensaba á aquella muchedumbre que pasó á pié el mar Rojo, que bebió el agua milagrosa, y se alimentó con el maná del cielo, no es de extrañar que venerando al verdadero Dios, tratara, en medio de lo humilde de su condicion, de servir al pueblo elegido; porque no hay persona por humilde que parezca, que no pueda ser instrumento de grandes hechos. Rahab por los suyos mereció bien de Dios.

Pónese en marcha el pueblo israelita; sigue favoreciéndole Dios; detiene el curso de las aguas del Jordan, y le pasa á pié por un camino seco. Renuévase la alianza con el Señor, y se apresta el sitio de Jericó, cuyos muros caen á los siete dias, despedazados al sonido de las trompetas y griteria de los sitiadores.

Éntranse los israelitas por las brechas, saltan por



las ruinas, y todo lo llevan á sangre y fuego, salvándose únicamente Rahab, que con toda su familia fué sacada de Jericó é incorporada al pueblo israelita.

Considerada como uno de sus hijos, adquirió esos derechos de ciudadanía que nos da una patria que adoptamos para que nos defienda y nos ampare. Rahab casó á poco con Salenon, de la tribu de Judá, teniendo la inmarcesible gloria de que su nombre se encuentra en la genealogía de Jesucristo.

A la ruina de Jericó siguió la de Hay, despues de experimentar los israelitas el castigo de la culpa que cometió Achan, robando algunos objetos en Jericó y ocultándolos. Batiendo luego á sus enemigos, fué cuando Josué, con el entusiasmo de la victoria, y dominado por ese poder del sentimiento religioso, que eleva al hombre á una altura inusitada, y le hace entrar en la familiaridad de Dios, pidió tiempo para acabar aquel dia la derrota de los enemigos, y dió órdenes á la naturaleza.

—Sol, detente sobre Gabaon, dijo, y tú, luna, no avances sobre el valle de Aialon.

La naturaleza oyó esta palabra pronunciada con fé enérgica, pues el Todopoderoso se dignaba obedecer á la voz de un hombre y combatir por Israel. El sol se paró inmediatamente por un milagro que ha sido único, y ni antes ni despues, dice la Escritura, se vió jamás un dia tan largo, porque Dios quiso obedecer á la voz de su siervo.

Favoreciendo el cielo á Josué, hasta treinta y un reyes fueron vencidos por él, no quedando en toda la tierra de Canaán, sino el suficiente número de los antiguos habitantes para seguir alentando al pueblo de Dios.

Rahab, que habia trocado la dicha por el infortunio y la vida por la muerte, Dios, en cambio de haber franqueado la entrada de Canaán á su pueblo la abrió las puertas de la felicidad.

La conquista de Jericó inauguró la de aquel delicioso y prometido pais, cuyos habitantes fueron exterminados.

La vida de Rahab, se confunde ya con la del pueblo israelita, que se enseñorea de la Palestina y adquiere su nacionalidad arrebatando la de los cananeos.

Josué, al trazar la historia de su época, dedica á Rahab páginas de gratitud, y la coloca entre los personajes que sobresalieron por entre la multitud, y ayudaron á que triunfara el pueblo israelita, que iba en breve á dejar de ser guerrero, para empezar á ser bien administrado.

Aproxímase el fin de Josué, reúne á todo el pueblo antes de espirar para representarle lo que el cielo

habia hecho en su favor; le suplica que jamás tuviese otro Dios que el Señor, y así se lo promete con juramento, despues de lo cual murió en paz, á la edad de 110 años, llorado de toda la nacion.

La tribu de Judá se distinguió despues de la muerte de Josué, y Caleb, que era el jefe, la condujo á las batallas. Adonibezec fué el primer enemigo que esperimentó el valor de aquella tribu. Se atrevió á atacarle, pero fué derrotado por ella, y perseguido, trató de salvarse por medio de la fuga. En la muerte de este principe ocurrió la particularidad de que habiéndole cogido los israelitas le cortaron los piés y las manos. El desgraciado rey conoció entonces la equidad de Dios respecto á su persona, tratándole como él habia tratado á setenta reyes, á quienes tambien habia cortado los piés y las manos, y habia obligado á recoger las migajas que caian de su mesa.

Othoniel, de la familia de Caleb, juzgó y gobernó á la nacion, y despues Aod, uno de los jefes de la tribu de Benjamín, enviado de Dios para romper el yugo que los Moabitas hacian pesar sobre Israel y que asesinó á su rey Eglou.

La historia nos presenta ahora otra mujer representando un papel importante, y del que nos ocuparemos en el próximo artículo, continuando así este período de la Historia Sagrada, para reanudar los sucesos de la Profana que dejamos pendientes, por seguir en lo posible el orden cronológico que nos hemos propuesto, como el mas á propósito para que se comprenda con mas facilidad el fin á que aspiramos.

A. P.

## LITERATURA.

### EL SUEÑO DE CLORI.

*Madrecita, madrecita,  
no me quieras despertar,  
que si soñando viviera  
yo viviera por soñar.*

Ayer al crepúsculo  
bajaba yo al prado  
con mis corderillos  
alegre cantando,  
y mientras pacia  
mi pobre rebaño  
me senté cansada



debajo de un árbol :  
me quedé dormida ,  
y al muy poco rato  
soñé que veía  
al pastor Lisardo ,  
y soñé que estaba  
junto á mí sonado.

—  
*Madrecita, madrecita ,  
no me quieras despertar ,  
que si soñando viviera  
yo viviera por soñar.*

—  
De pintadas flores  
preciosa guirnalda  
para mí tejía  
con graciosa maña ,  
y luego con ella  
mis sienes ornaba ;  
mas pronto las flores  
tornábanse lacias ,  
porque con sus manos  
él las abrasaba ;  
¿ por qué quemarian  
sus manos tan blancas ?  
Ah ! por qué era sueño  
lo que me pasaba !....

—  
*Madrecita, madrecita ,  
no me quieras despertar ,  
que si soñando viviera  
yo viviera por soñar.*

—  
Cuando de su lado  
me fuí pensativa ,  
sentí que Lisardo  
mi huella seguía ,  
y siempre en mis pasos  
clavada su vista ,  
yo le ví dos lágrimas  
barrer sus mejillas ;  
juntos nos pillaba  
la noche tranquila ,  
y hasta mi majada  
Lisardo venía....  
Mas como era sueño  
todo era mentira !...

—  
*Madrecita, madrecita ,  
no me quieras despertar ,  
que si soñando viviera  
yo viviera por soñar.*

L. M. BREMON.

## ESTABA DE DIOS.

### I.

En un elegante gabinete de cierta casa muy conocida y frecuentada por los escogidos círculos de la corte, tenían dos jóvenes de distinto sexo el siguiente diálogo un año antes del último Carnaval.

—Venga Vd. acá, señor celoso, sea Vd. razonable: ¿puedo yo impedir á sus amigos que me inviten á bailar?

—Le repito á Vd. que es inconstante. Afecta Vd. con ellos una amabilidad que me irrita. Las palabras, las sonrisas que Vd. les dirige, son otras tantas injurias que me hace á mí.

—Luis, exclamó la hermosa niña, dejando deslizar su bordado para colocar un dedo sobre su diminuta boca con un gesto lleno de angélica coquetería; ¿qué gusto tienes en que cualquiera te oiga? ¿Cuánto no se burlarian de tí si sospecháran que incurrias en tales locuras!

—¿Qué me importa! replicó él, moderando sin embargo su tono, bien sabes que yo me río del mundo entero cuando estoy seguro de tu amor.

Ella entonces dejó asomar á sus labios, rojos como la flor del granado, una sonrisa que era á la vez de cariño y reconvencción, diciéndole:

—Ingrato! ¿cuándo te ha faltado mi amor?

—Oh! sí, sí, es cierto! perdóname.

Y un beso que estampó en la mano que ella le tendía, intercedió por él y selló entre ambos la reconciliación.

Nada mas natural entre primos: Luis y Clotilde se habían criado juntos; su amistad infantil creciendo con ellos se había convertido en amor, y tan solo esperaban que corriesen seis meses para unirse con un lazo indisoluble.

Clotilde era una joven adorable, que cifraba toda su ventura en el cariño de su primo; pero maliciosa y traviesa, se complacía en atormentarle á cada instante con niñerías, aunque solo fuese por tener la satisfacción de hacer las paces.

Luis por el contrario, sério, reflexivo, impresionable, se alteraba á la cosa mas insignificante; se inquietaba por cualquier simpleza en que otro no habria reparado quizá, y frecuentemente llegaba á casa de su prima con la frente fruncida por algun pesar, que ella ahuyentaba pronto, recibiendo en premio una amante sonrisa.

Este cambio precisamente acababa de tener lugar, cuando un tercer personaje, Ricardo, hermano de Clotilde, interrumpió su coloquio, dando á su hermana un abrazo, que revelaba el verdadero cariño que ambos se profesaban.

Pocos dias despues de la escena que acabamos de



referir llegó el Martes de Carnaval. Todos los habitantes de la Coronada Villa dejaban descansar sus negocios hasta que pasase el Miércoles de Ceniza, y nadie pensaba mas que en mezclar la suya á la alegría general.

Luis debia pasar la noche en casa de sus primos, que daban un baile; pero por una fatalidad muy frecuente, tuvo aquel mismo dia con Clotilde una riña algo mas acalorada que de costumbre, pues la traviesa niña queria probar hasta qué punto podia usar, ó mejor dicho abusar, de la bondad de su amante. Coqueteria inocente en el fondo, pero que no dejaba de ser peligrosa, pues en aquella ocasion colocó al paciente en un verdadero acceso de despecho.

La causa de tan grave debate era, que Clotilde le aseguraba serla imposible bailar con él, por tener muchos compromisos adquiridos anteriormente. Él se levantó rompiendo de despecho sus guantes, que víctimas inocentes pagaron sin embargo aquel arrebatado de cólera.

—Está bien, señorita, dijo; no le daré á Vd. el gusto de desairarme, porque si bailo no será aquí.

Ella tuvo un instante de remordimiento.

—¿Pero por eso no dejará Vd. de venir?

—Imposible! yo tambien tengo compromisos anteriores.

—¿Y no vendrá Vd.?

Por toda contestacion hizo él con la cabeza un signo negativo: ella sintió oprimirse su corazon, pero procuró contenerse.

—¿Y se puede saber dónde irá Vd.?

—Sí por cierto: iré donde hay jóvenes ligeras y coquetas quizá, pero que no engañan á nadie.

Los lábios rojos de Clotilde iban poco á poco perdiendo su hermoso color, y los latidos de su corazon querian ahogarla; el despecho, único valor de los amantes, la contuvo de nuevo.

—¿Qué sitio es ese?

—El *Teatro Real*.

—El lugar está perfectamente escogido, replicó ella sin poder ya ocultar su enojo, creo en efecto que no dejará Vd. de hacer conquistas.

—Así lo espero, respondió él saludándola, y salió proyectando mil medios de vengarse.

La imprudente niña casi se arrepintió de haber sometido á su novio á semejante prueba, si bien no tardó en tranquilizarse, creyendo que volvería esta vez como tantas otras; y desde entonces solo pensó en su traje, y en la manera de estar mas bella á sus ojos.

## II.

Los salones de casa de Clotilde estaban hacia algun tiempo abiertos; numerosos convidados los llenaban, los walses y polkas se sucedian, y la hija de la casa faltaba entre la concurrencia.

Ricardo inquieto por su tardanza entró en su cuarto á buscarla y la encontró llorando, en medio de sus adornos esparcidos en desorden. El motivo de su dolor era haber sabido, apenas habia concluido su tocado, que Luis pretestando una indisposicion habia enviado una carta para disculpar su ausencia.

Clotilde no conocia un baile público de máscaras, mas que por las diferentes pinturas que la habian hecho, ya un amigo grave escandalizado de la franca libertad que proporciona la careta, ya una amiga que alegre y bulliciosa habia confundido é impacientado con su disfraz á alguno de sus amigos. No se la ocultaba sin embargo que tales bailes son la diversion mas animada del mundo; si algunas mamás no conducen á ellos á sus hijas, si los maridos celosos alejan de allí á sus esposas, no pasa de ser una precaucion propia de su carácter, pues despues de todo, únicamente encuentra quien los frecuenta verdadera alegría, libre de toda etiqueta, ofreciendo mil encantos á todos los caracteres.

Luis, el susceptible amante, habia ido allí por desesperacion. Hay personas que se arrojan al agua para ahogar sus pesares; él queria tambien ahogar los suyos en aquel océano de placer; era un nuevo género de suicidio. No se habia tomado ni aun el trabajo de disfrazarse: aquella algazara y expansion, aquellos rostros animados, aquella agitacion, aquel torbellino le causaron vértigo. Al entrar en la sala sintió desfallecer su corazon; le pareció, nervioso como estaba, que vacilaba su pié, y se apoyó junto á la puerta de entrada para no caer.

La orquesta en aquel momento tocaba un wals, y multitud de parejas giraban en su rededor siguiendo el compás de aquel baile rápido é infernal... Hizo un movimiento para huir de allí, y en el mismo momento cesó la música para descansar durante diez minutos. Entonces principió otro género de diversion: las máscaras se perseguian mutuamente, se embromaban unas á otras, bullian, chillaban, convirtiendo aquello en otra Babel. Luis procuró dominar su emocion, y se mezcló entre los grupos.

Quando el director de la orquesta dió de nuevo la señal de baile, nuestro héroe dominado ya por la embriaguez general, fascinado, aturdido con aquel bullicio, no pensó mas que en sacar de él el mejor partido, con el objeto de que Clotilde en sus aristocráticos salones no se divirtiese mas ni mejor.

No se cuidaba de las lágrimas que su proceder haria derramar á la pobre niña, ni queria pensar en ella.

Despues de haber pasado rápidamente la vista por las infinitas máscaras que ocupaban los asientos del salon, se fijó en una joven, á juzgar por su talle, vestida de maja, hácia la que le arrastraba una inesplicable simpatía. Le presentó su mano invitándola á



bailar, ella accedió gustosa, y durante el rigodon que siguió, tuvieron ambos un animado diálogo, tan animado como el sitio en que tenia lugar. Terminado el rigodon, Luis se dirigia con su pareja hacia un palco, en cuyo sitio ella le habia ofrecido quitarse la careta, cuando se le interpuso cerrándole el paso un máscara cubierto con un negro dominó, y le dijo:

—¿Segun veo, el sol de Andalucía anima al hielo de la filosofía?

—Es que mi andaluza tiene la tez mas blanca que la azucena, repuso Luis algo picado de aquella intempestiva observacion.

—Las flores que nacen bajo la influencia del sol de la Bética no suelen esconder entre su hermoso y lozano capullo agradable aroma, repuso el imperturbable dominó dirigiéndose hacia la máscara, que en aquel momento desapareció confundiéndose en un grupo.

Un caballero vestido á la antigua usanza, llegó en aquel momento á decir al del dominó si no volvia al salon, donde le esperaban.

—Voy al punto, contestó éste, me he entretenido admirando algunos rasgos de *despecho amoroso*.

—Te engañas, dijo Luis con sonrisa forzada, y tendrías mejores muestras en los salones de B., por lo tanto, dí de mi parte á quien te ha enseñado la leccion, que me divierte mas, muchísimo mas aquí.

Y sin dar tiempo para contestar á su interlocutor, se cogió del brazo de un amigo suyo, que á la sazón pasaba, y ambos se mezclaron en la confusion, no sin preocupar algun tanto á Luis el deseo de conocer aquellos dos máscaras. Un golpe suave que le dieron en el hombro le sacó de su distraccion; volvió la cara y se encontró frente á una máscara del sexo femenino, admirablemente vestida á lo Luis XV, que le habia llamado la atencion con su abanico.

—Desearia, le dijo, una pareja mas amable que ese venerable musulman que ha venido conmigo, y que habla ahora con aquel dominó rosa, ¿quieres tú ser mi caballero?

La posicion en que él se encontraba era la mas á propósito para seguir cuantas aventuras se le presentasen, y sacar el mejor partido posible de aquel infernal lugar: por lo tanto una hora despues, sentado en una sala de descanso al lado de su incógnita, la rogaba con las palabras mas afectuosas que se quitase la careta, pero ella se lo negaba con tal firmeza que él dejó de insistir. En aquel momento un reloj colocado en el mismo salon dió las cuatro.

—Hé aquí el musulman que me busca, murmuró la elegante mascarita; ¿vendrás al baile de *Piñata*?

—¿Me enseñarás en él tu rostro?

—Hablarémos, dijo ella, y desapareció.

Luis volvió á su casa aturdido, fascinado; su cabeza ardía. Los ecos de la orquesta, los gritos de las

máscaras, la dulce voz de su desconocida murmuraban confusamente en su oído: le parecia aun estrechar su torneada mano, aspirar el suave perfume que su tocado despedía, y que á sus ojos la presentaba envuelta en una nube de aroma.... ¡Los dias que transcurrieron hasta el domingo siguiente estuvo loco!

Llegó por fin ese dia, y Luis fué de los primeros que entraron en el salon: no tardó en descubrir á su desconocida, y al punto reanudaron su conversacion. En esta ella le dió nuevas pruebas de su ingenio: mas segura de sí misma que en el baile anterior, lo confundía mas y mas, y ya que pareciese hablar formalmente, ya que diese á su conversacion el carácter de broma, de todos modos se mostraba adorable. Si el recuerdo de su prima asaltaba á veces su imaginacion, la comparaba con la que ya le inspiraba un verdadero amor, y salía Clotilde perdiendo á sus ojos.

Lo extraño de la aventura le arrastraba cada vez mas hacia aquella mujer; la rogaba de mil modos que descubriese su rostro, y siempre en vano: si alguna vez habia querido audaz llevar él mismo la mano á su careta, un golpe del abanico y una airada reconvenccion le detenía.

—¿Quieres, pues, exclamaba, que no me quede nada de tí? Ni aun recuerdo de tus facciones? Es decir, que quieres pasar en mi vida como un sueño, y bien pronto con otro amante mas feliz te burlarás de mi pasión.

Ella le miró un instante en silencio: sus ojos tenían una espresion extraña de tristeza; colocó dulcemente una mano entre las suyas, que á él le pareció advertir que temblaba, y le dijo:

—Soy mejor de lo que tú crees; para probártelo, toma esta sortija, si la llevas hasta el primer baile que se dé aquí el año que viene, aquí me encontrarás: entonces, si lo deseas todavía, me quitaré esta careta que te desespera; te lo juro.

(Se concluirá).

ZAHARA.

## LA DESPEDIDA.

*Episodio de la vida de una mujer.*

I.

.....no pueden ser hermanos  
del delito y la ventura.

Ayala.

Así dijo, asomando la cabeza por el postigo de una silla de posta, una mujer jóven y pálida al postillon que guiaba el carruaje.



—Andrés, cuando llegues á la mitad de la colina pára. Allí hay una vereda que quiero seguir á pié.

El coche continuó trepando la colina por un ancho terraplen, y entre dos hileras de verdes y elevados chopos.

Al llegar al sitio designado el postillon detuvo los caballos, y dejando su asiento abrió la puerta del carruaje.

Una mujer como de unos treinta años, modestamente vestida, saltó al suelo la primera. Despues, y apoyada en los brazos de ésta, bajó otra cuya edad era difícil calcular. En su rostro pálido, triste y ajado por ocultos pesares, se notaban aun vestigios de esa belleza meridional, seductora y espresiva. Sus delgados lábios se plegaban en un gesto de amarga indiferencia, y en la vaguedad melancólica de sus miradas se traslucía una vida moral, inmensa, un pensamiento fijo, especie de prisma por el cual veía todos los objetos.

Apenas puso el pié en tierra pareció sin embargo que sus ojos cobraron vida y sus nervios fuerza. Sus mejillas se salpicaron de manchas de un carmin vivísimo, y el sudor humedeció su frente á despecho del viento de la tarde, que mecía sus negros cabellos. En realidad, con todo, apenas podia sostenerse, sus pasos eran inseguros, y la brillantez que á intervalos dilatada sus pupilas, semejava las ondulaciones de una lámpara próxima á apagarse.

Vestia un traje negro completamente cerrado, y en su talle, en su continente, en sus ademanes, se descubria aun esa dignidad y esa elegancia, hijas de la cuna y de la educacion, que no borran ni el tiempo ni la desgracia.

—Andrés, dijo al postillon, espera aquí mi vuelta, y apoyándose en el brazo de su camarera, tomó la estrecha vereda que se extendia á la izquierda del terraplen.

## II.

Era una tarde del mes de Octubre. El viento del otoño habia comenzado á arrancar las hojas de los árboles, pero aun sus ramas estaban cubiertas de espeso follaje, y aun por ellas saltaban cantando algunos pájaros en torno de sus nidos. Las flores tapizaban aun la campiña, y los arroyos serpeaban entre el césped, y los rayos del sol tenian bastante fuerza para deshacer las nubes, que á su salida ó á su ocaso se agrupaban en el horizonte. La naturaleza apenas habia perdido nada de su vigor, ni los campos de su lozanía, ni el cielo de su diáfana belleza, ni la atmósfera de esa agradable temperatura de los crepúsculos del estío. Todo sonreía, solo en el rostro de una de aquellas mujeres se pintaba la tristeza mezclada con la falsa animacion de la fiebre. Caminaba silenciosa,

seguida de su camarera, y devorando con sus miradas cuantos objetos encontraba al paso. Los bosquecillos de granados y limoneros, los verdes cenadores salpicados de campanillas azules y blancas, los estrechos cáuces por donde murmurando resvalaban los arroyos, los rústicos asientos; todo, todo era objeto de su curiosidad; á medida que adelantaba en la tortuosa vereda, su corazon latia mas violentamente. Cada objeto la despertaba un recuerdo, cada recuerdo un dolor.

—¿Quién era aquella mujer?

No es ciertamente su camarera la persona mas á propósito para sacar al lector de la duda. Há poco tiempo á su servicio, la ve sufrir, pero ignora el origen de sus penas. Preguntadle sino, y solo os dirá que se llama Isabel, y que es baronesa de N\*\*\*, nombre del castillo, hácia cuyo parque avanza; pero ella no sabe que su señora vivió un tiempo feliz y opulenta, tan envidiada por su hacienda como por su hermosura, amada tiernamente por un hombre que la hizo depositaria de su honra, y por tres hijos cuya educacion tambien tuvo á su cargo, y de los cuales há diez años está separada.

—Por qué?

—Su conciencia lo publica en su semblante.

## III.

Al fin llegaron las viajeras á la entrada de un parque, plantado hacia siglos de robles y olmos por algun antiguo conde de Castilla. Detuviéronse un instante, y la baronesa pareció vacilar..... Hay acciones que aunque sencillas en la apariencia, revelan observadas un mundo de sentimiento. Isabel acababa de ejecutar una, su mano no pudo tocar la puerta del parque sin experimentar una viva emocion, sus arterias latieron precipitadamente, la sangre refluyó al corazon, faltó aire á sus pulmones, y hubo un momento en que creyó que se ahogaba. Pero apoyándose en el brazo de su camarera, y llevándose la otra mano á la frente como para sujetar sus ideas, hizo un violento esfuerzo, y al fin entró. Sus ávidas miradas recorrieron entonces el jardin en toda su estension. Ellas, mejor que sus palabras, decian la pena de que era presa en aquel instante. No tardó mucho el llanto en humedecer sus mejillas. ¡Dios nos ha dado las lágrimas para espresar las emociones que no tienen forma en las combinaciones del alfabeto! . . . . .

Cuando Isabel se creyó mas serena, dejó el brazo de su camarera y la dijo:

—Espera aquí, Beatriz, que yo vendré á buscarte.

Mas como ésta manifestase deseos de seguirla para prestarla sus cuidados.



—Quédate aquí, la repitió, con ese tono de superioridad, cuya sola contestacion es la obediencia.

Beatriz bajó la cabeza, y muda, triste y llena de confusiones por cuanto acababa de ver, y cuya explicacion buscaba en vano, esperó en la puerta del viejo parque la vuelta de su señora.

(Se continuará.)

J. A. VIEDMA.

## REVISTA DE MADRID.

Ya estamos en Junio, en verano, en esta estacion que hace de Madrid un infierno, donde á ser ciertas las noticias que algunos periódicos dan, se mueren de calor hasta los negros de Africa, los hijos de Fernando Póo y Annobon. Grato y hermoso es el verano cuando se pasa en nuestras deliciosas provincias del Norte, aspirando el aire vivificador de las montañas, buscando las sombras regaladas de los valles, poblados de frondosos árboles, ó sumergiéndose en las frescas olas del mar. Pero en Madrid el verano es una perpétua calentura; el sol nos quema, el polvo nos mancha, un aire de fuego nos abrasa, la galvana paraliza nuestras fuerzas, y la desesperacion el vigor del alma. ¡Dichoso aquel que en esta estacion puede decir como Breton de los Herreros:—*Me voy, me voy de Madrid*, y huir de la corte, que en los meses de Junio, Julio, Agosto y Setiembre, mas que la corte de las Españas parece la corte de Pluton!

Muchas de vosotas, amables lectoras, estareis haciendo ya vuestros preparativos de viaje, y disponiendo los trajes y adornos que han de haceros mas encantadoras todavia de lo que sois—aunque esto parezca imposible—en los baños de Biarritz, de Deva, de Eaux-Bonnes, ó Panticosa. Yo, que estoy condenado á vivir dentro de los flacos muros de la coronada Villa, os deseo feliz viaje, y me quedo esperando impaciente vuestra vuelta, no solo por veros, mirad si soy egoista, sino porque vuestra aparicion en la corte coincidirá con la del otoño.

Los teatros á causa del calor empiezan á estar desanimados. Sin embargo el teatro del *Príncipe* ha tenido muy buenas entradas, y el del *Circo* las tiene ahora. El primero con motivo de los experimentos magnéticos de Mr. de la Roche-Lambert, y el segundo con la lindísima comedia del señor Rubí, *Quien mas mira menos ve*, que si no estamos trascordados es la *sesenta y dos* de las que se deben á la pluma de este fecundo poeta. ¿Qué podré deciros de Mr. Roche-Lambert? La prensa en general ha calificado muy

duramente los llamados experimentos magnéticos de este señor, y no quiero agriar su derrota repitiendo las censuras de que ha sido objeto. Los españoles del siglo XIX pecamos algun tanto de incrédulos, y no nos convencemos así como se quiera. *Los africanos de aguende el Pirineo*, como en su arranque de calumnioso buen humor, nos calificó uno de los *hacedores de frases* de la nacion vecina, sabemos dónde nos aprieta el zapato, y somos capaces de dar quince y vuelta á cualquiera que pretenda vendernos por experimentos científicos juegos de fantasmagoría.

Con mas satisfaccion vamos á ejercer nuestro oficio de cronistas, hablando de la comedia del señor Rubí, *Quien mas mira menos ve*. Escusado nos parece advertir que esta produccion, que tiene un ligero tinte filosófico, se distingue por la agudeza del diálogo, por lo bien dibujado de los caracteres, y el interés, aunque sencillo siempre, creciente de la trama. El nombre del autor es una garantía de acierto, y es la mejor recomendacion que puede hacerse de esta lindísima comedia. En su ejecucion estuvieron muy bien los Sres. Romeas (D. Julian y D. Florencio), Arjona y la Amalia Gutierrez, en el sencillo, aunque interesante papel que le está encomendado.

Ha llamado, con razon, estos dias la atencion pública la esposicion de objetos de arte, en escultura, pintura y arquitectura, que tiene lugar en el estudio del distinguido escultor señor don Ponciano Ponzano. Toda la coleccion espuesta forma un conjunto de mas de cien obras, entre las que sobresalen:

Un busto del Rey, vestido con el traje de capitán general;

Un altar de estilo ojival, de diez y ocho piés, dedicado á la Princesa de Asturias;

Una estatua de la Reina, que deberá colocarse en una de las plazas públicas de Manila;

Dos bustos de la Reina y el Rey, imitando el estilo del siglo de Pericles, y varios fragmentos del fronton del Congreso de los Diputados.

Esta esposicion está dispuesta con bastante gusto, habiéndose sacado todo el partido posible del reducido local donde tiene lugar. La acertada colocacion de las luces contribuye tambien á su mejor efecto.

En una de las partes donde mas se advierte esta inteligente direccion es en el bajo relieve del altar: así destacan convenientemente las figuras de Santa Isabel, Santa Cristina, San Francisco de Asís y San Francisco de Paula: las de San Fernando y San Luis, rey de Francia, progenitores de nuestros reyes, están colocadas á los lados del cuadro principal. Este representa á Jesus en la cruz en el momento de espirar. El artista ha estado verdaderamente inspirado en la parte filosófica de su ejecucion: la Madre, contemplando á su divino Hijo á la diestra de su eterno Padre,



no llora ya: el discípulo amado, mas apegado á la materia, demuestra aun su dolor.

Entre los bustos el mejor es sin duda el de S. M. el Rey, que hemos citado. Los bordados del uniforme, y el cincelado del collar están ejecutados con la mayor delicadeza, y mas que todo el lazo de la corbata, que representa mas bien que la dureza del mármol, la finura y flexibilidad de la batista.

El señor Ponzano ha señalado dias para que puedan ver estos trabajos artísticos las diferentes clases de la sociedad. Nosotros hemos tenido el gusto de asistir, y aprovechamos esta ocasion para felicitar al escultor, que tan bien comprende el sacerdocio del arte.

Vamos á concluir esta ligera revista de Madrid del mismo modo con que la hemos empezado. Rogando á Dios que el verano pase pronto, para que vuelvan á Madrid las fugitivas hermosuras que ahora se alejan de él; para que vuelva la animacion á los teatros y á los paseos; para que el polvo no nos ahogue y el calor no nos ase, y en fin para que no se derrita vuestro apasionado amigo

LÁZARO.

### Explicacion del Figurin.

FIG. 1.<sup>a</sup> *Traje de paseo.*—Vestido de glassé azul, con rayas anchas blancas atravesadas, de cuadritos tambien azules.

Abrigo de glassé negro, con cuerpo alto y liso, y una falda de bastante vuelo, que cayendo sobre la del vestido, deja ver de ella como una tercia. Este abrigo lleva una esclavina que nace en el mismo escote, y llega á mitad de la espalda: mangas venecianas muy anchas y largas, recogidas en pliegues en la pegadura y la sangría: al canto de las mangas, como tambien de la esclavina y falda, lleva un pequeño fleco: una hilera de botones con sus correspondientes ojales, cierra el abrigo en el pecho, y continúan hasta la conclusion de la falda, repitiéndose los botones en la costura de la manga.

Sombrero de ala redonda, color marron, con dos plumas del mismo color, que parten hácia atrás, una por cada lado: la copa de este sombrero es sumamente baja, y lleva á la orilla del ala una puntilla ancha que le sirve de velete. A los lados, debajo del ala, grupos de lazadas de cinta color marron, con largos cabos flotantes, y detrás, tambien debajo del ala, lazos de terciopelo del mismo color, con puntas largas.

FIG. 2.<sup>a</sup> *Traje de campo.*—Vestido de muselina blanca, con viso de tafetan color de lila.

La falda de este traje está completamente cubierta por cuatro volantes, bordados de un feston de conchas á la orilla, sobre el que ondula una graciosa guirnalda de margaritas, y follaje correspondiente, concluyendo de llenar el espacio hasta la pegadura algunas margaritas sueltas. Los volantes no deben pegarse á la falda despues que estén puestos en ella los del viso, sino hilvanar un volante blanco á otro lila, y pegarlos juntos, para que sea mayor la transparencia. Cuerpo redondo y rizado en la cintura por delante y por la espalda, escotado en forma de corazon, con una berta ó vuelta que guarda la misma forma, y la compone una tira de cuatro ó cinco centímetros y un volante de seis. La manga lleva dos bullones sujetos por puños de terciopelo negro que terminan en lazo en la parte exterior del brazo, y un ancho volante de forma pagoda. Todas las piezas del cuerpo y de las mangas llevan su correspondiente viso, así como los volantes de la berta y mangas, en los que deberá repetirse el bordado de la falda, aunque mas pequeño.

Cinturon de terciopelo negro, con largos cabos por delante.

Camisolin de tul cerrado, con entredoses de encajes: cuello estrechito de encaje tambien, y por delante tres lazos de terciopelo.

*Manteleta-écharpe* de tafetan negro, muy escotada, redonda por detrás, y concluyendo en punta por delante. Esta manteleta está adornada de cintas de terciopelo puestas al biés, y de una ancha guaranición de encaje.

Sombrero de paja de Italia, de ala redonda. La copa es muy baja por delante y algo mas elevada por detrás: el borde de la copa y el del ala están adornados de una cinta de dos centímetros de terciopelo negro, y una puntilla estrecha, negra tambien, va pegada al canto exterior de la última, y por consiguiente al aire todo al rededor: grupos de eglantinas sobre el ala, y debajo de ella otros grupos semejantes á los lados, y colocados muy bajos, de los que caen largos cabos flotantes de cinta amarilla y terciopelo negro.

Para estos sombreros debe colocarse el pelo en bandós muy bajos y muy abultados, para que acompañen á la cara, recogidos por detrás en lazadas de trenzas, de modo que formen una moña muy baja.

